

BASIA MILLE: NOTAS SOBRE UN TÓPICO CATULIANO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Juan Luis Arcaz Pozo*
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

La innovación que Catulo hace al género ἀριθμητικόν de la poesía epigramática griega (la irresolución del problema aritmético planteado inicialmente) añade a sus poemas de los besos (carmina 5, 7 y 48) un motivo que parece convertirse en tópico para la literatura española, según se deduce de los testimonios aportados en este artículo: el de la incomputabilidad de los besos o basia mille.

RÉSUMÉ

L'innovation que Catulle fait au genre de la poésie ἀριθμητικόν épigrammatique grecque (l'irrésolution de la question arithmétique posée initialement) ajoute à ses poèmes des baisers (carmina 5, 7 et 48) un motif qui paraît devenir en topique pour la littérature espagnole, après on déduit des témoignages apportés dans ce travail: celui de l'incomputabilité des baisers ou basia mille.

* Licenciado en Filología Clásica. Dpto. de Filología Latina. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Complutense. Madrid. Recibido el 20-6-88.

Tres son los poemas de Catulo que, referidos específicamente al tema de los besos y obviando las pinceladas eróticas que se numeran —como se numeran los besos de éstos— en los poemas 32, 8 (*nouem continuas fututiones*) y 61, 199–203 (*ille pulueris Africei / siderumque micantium / subducam numerum prius, / qui uostri numerare uolt / multa milia ludei*), más importancia han tenido en la tradición clásica para la confirmación del tópico que vamos a tratar: son el *carmen* 5 (*Viuamus, mea Lesbia, atque amemus*), el 7 (*Quaeris quot mihi basiationes*) y el 48 (*Mellitot oculos tuos, Iuuenti*); y especialmente importantes los dos primeros, poemas englobados dentro del llamado «ciclo de Lesbia» y uno de los grupos de composiciones catulianas que mayor huella han dejado en la lírica posterior¹. Aparte del tema común de los besos en estas tres composiciones, la más notoria peculiaridad que las une y que les imprime a la vez una de las más conspicuas señas de identidad catuliana es el hecho, como hemos señalado más arriba, de la numeración, o mejor dicho, de la anumeración o incomputabilidad de los besos que el poeta bien demanda para sí (poemas 5 y 7), bien estaría dispuesto a ofrecer (poema 48), pues éste será, según veremos, el motivo en el que los poetas subsiguientes a Catulo que se hacen eco de estos versos van a poner más énfasis y en el que más se evidenciará su dependencia con el de Verona.

Pero dicho motivo², si exceptuamos la pretendida irresolución del problema aritmético planteado al inicio de los versos, que es exclusiva de Catulo, tiene su precedente en el género ἀριθμητικόν de la poesía epigramática griega, que ya contaba con abundantes testimonios³. Innovación catuliana es, por tanto, el no dar solución a dicho planteamiento mediante una deliberada impretensión de enumerar el total de besos (poema 5) o un deseo de que dicho total iguale cuantitativamente —algo, en buena lógica, imposible— a los granos de arena, plantas, estrellas o mieses (poemas 7 y 48). Así, con esta peculiar diferencia con respecto a sus antecesores en el género, acuña el veronés el sello inconfundible de estos poemas amorosos cuya primera plasmación en la tradición clásica la constituirá el *Liber basiorum* del holandés renacentista Juan Segundo⁴.

En nuestra literatura es **Cristóbal de Castillejo** (1490–1550) el primer poeta que recrea lo que a partir de él vamos a poder llamar tópico literario. El eco de su poesía recoge las dos vertientes de los *carmina basiorum* que apuntábamos más arriba; una, la marcada por el *carmen* 5, puede apreciarse en el poema titulado «Al Amor», cuyos versos muestran hondas huellas de la poesía de Catulo, tanto textuales como rítmicas:

Dame, Amor, besos sin cuento,
asido de mis cabellos,

1. En el que se encuentran los poemas del *passer Lesbiae* (*carmina* 2 y 3), el 51 o el 85, que también dejarán honda huella en la literatura latina posterior a Catulo y más tarde serán imitados en la literatura española. Sobre este último particular puede verse, entre otros, M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, II, Madrid, 1951; J. Siles, “Dos *nugae* sobre tradición y pervivencia clásica: I. Catulo en la poesía castellana. II. ¿Terencio en Da Vinci?”, *Studia Zamorensia* 4, 1983, 371–378 y nuestro trabajo, “Catulo en la literatura española”, *CFC* 22, 1989, 249–286.

2. Sobre los poemas catulianos referidos a los besos véanse, principalmente y por orden cronológico, los trabajos de St. Commager, “Notes on some Poems of Catullus”, *Harvard Studies in Class. Philol.* 70, 1965, 84–86; H.A. Khan, “Catullus 99 and the other kiss-poems”, *Latomus* 26, 1967, 609–618; Ch. Segal, “Catullus 5 and 7: A Study in Complementaires”, *AJPh* 89, 1968, 284–301 y F. Cairns, “Catullus’ *Basia* Poems (5, 7, 48)”, *Mnemosyne* 26, 1973, 15–22.

3. *A.P.* XIV 1–4, 6–7, 11–13, 48–51, 116–197.

4. La influencia del tema de los besos en Juan Segundo ha sido estudiada en el artículo de M.C. García Fuentes, “Imitación de los *centum et mille basia* catulianos en el Renacimiento”, *CFC* 4, 1972, 297–305.

BASIA MILLE

y mil y ciento tras ellos,
y tras ellos mil y ciento,
y después
de muchos millares, tres;
y porque nadie lo sienta
desbaratemos la cuenta
y contemos al revés,

principalmente de los vv. 7–13 del texto latino:

*da mi basia mille, deinde centum,
deinde mille altera, dein secunda centum,
dein usque altera mille, deinde centum,
dein, cum milia multa fecerimus,
conturbabimus illa, ne sciamus,
aut nequis malus inuidere possit,
cum tantum sciat esse basiorum,*

si bien las variantes introducidas por Castillejo («y porque nadie lo sienta / desbaratemos la cuenta / y contemos al revés») parecen responder mejor a su propia musa poética que a otra cosa⁵.

La otra vertiente, la marcada por los poemas 7 y 48, se encuentra en el comienzo de una curiosa e interesante composición de Castillejo titulada «A una dama llamada Ana»⁶, cuyo sentido responde con bastante fidelidad al contenido del posteriormente inusitado en la tradición clásica poema 48:

*Mellitos oculos tuos, Iuuenti,
siquis me sinat usque basiare,
usque ad milia basiem trecenta,
nec umquam uidear satur futurus,
non si densior aridis aristas
sit nostrae seges osculationis,*

y al decir de Castillejo:

Vuestros lindos ojos, Ana, (...)
darles hía
cien mil besos cada día,
y aunque fuesen un millón,
mi penado corazón
nunca hartó se vería.

Vemos que los destinatarios de los besos de ambos poemas son los ojos (de Juvencio, en el caso de Catulo, y de Ana, en el de Castillejo) y que las expresiones con que a ellos se

5. Para una interpretación de este poema de Castillejo y su relación con el *carmen* 5 catuliano en pos de propiciar un texto latino más acorde con el aparente sentido del poema, véase J. Crecente Vega, “Sobre el *carmen* 5 de Catulo por Cristóbal de Castillejo”, *Emerita* 12, 1944, 126–129.

6. Y lo es muy especialmente porque además ofrece reminiscencias de los *carmina* 51, 72 y 85 de Catulo, cuyos versos están recreados sucesivamente y por ese orden en la composición de Castillejo. Sobre ello, cf. J.L. Arcaz, *art. cit.*, 256–259.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

refieren son en todo punto semejantes –vocativo incluido–: *mellitos oculos tuos, Iuuenti* y «vuestrs lindos ojos, Ana». Sin embargo, aunque en expresión totalmente semejante y de sentido parejo, ya no coinciden en el número de besos (*siquis me sinat usque basiare, / usque ad milia basiem trecenta* y «darles hia / cien mil besos cada día») que, en definitiva, ni a uno ni a otro le serán suficientes: *nec umquam uidear satur futurus* y «aunque fuesen un millón, / mi penado corazón / nunca harto se vería». El final del poema de Catulo no aparece expreso en la composición de Castillejo, que, por otro lado, continúa recreando en sus versos otros *carmina* catulianos.

Podría parecer que un tema tan muelle y liviano como el que nos ocupa no tuviera cabida en los versos de la adusta poesía del cordobés don **Luis de Góngora** (1561–1627). Muy al contrario, las alusiones de este ilustre poeta a la lírica de Catulo no son tan escasas como cabría esperar, e incluso hay en sus poemas un hueco para los *basia* del veronés. La reminiscencia concreta a que nos referimos se encuentra en la número V de las *Canciones amorosas*, poema que, además, entronca por su temática general con los dedicados a animalillos e inspirados en los *carmina* catulianos del *passer Lesbiae*.

La mención de Góngora hace referencia a la imposibilidad de contar los besos de amor en términos muy semejantes a los empleados en Catulo 7, 3 ss.:

Mi piedad una a una
contó, aves dichosas,
vuestras quejas sabrosas;
mi envidia ciento a ciento
contó, dichosas aves,
vuestrs besos suaves.
Quien besos contó y quejas,
las flores cuente a mayo,
y al cielo las estrellas rayo a rayo.

De igual manera, la alusión gongorina a la «envidia» del poeta que contó sus «besos suaves» parece recordar, junto con esa última mención irónica que invita a contar las flores del mes por excelencia florido y las estrellas del cielo cuajado de constelaciones a quien sea capaz de contar besos y cuitas de amor, a la cláusula del *carmen* 7 catuliano (vv. 11–12) que más directamente, sin la ironía del poeta cordobés, expresaba la imposibilidad de que los envidiosos pudieran enumerarlos y maldecirlos: *quae nec pernumerare curiosi / possint nec mala fascinare lingua*, y que también estaba anunciada en el *carmen* 5 (vv. 2–3 y 12–13).

Eco mayor fue el que dejaron estos poemas de Catulo en el sempiterno rival del vate de Córdoba, don **Francisco de Quevedo** (1580–1645). Menéndez Pelayo⁷ da cuenta, pero dentro del apartado de traducciones, de dos de estas reminiscencias (en concreto, sendos poemas que son réplica exacta de los *carmina* 5 y 7 de Catulo) que nada tienen, sino la adaptación, de factura personal de Quevedo. Si que sería, a nuestro juicio, notable recreación del texto del veronés un madrigal que es vivo reclamo del comienzo del poema 7, con la variante de que aquí la exposición corre a cargo de una tercera persona, mientras que en el poema catuliano lo era por boca del poeta:

*Quaeris quot mihi basiationes
tuae, Lesbia, sint satis superque,*

7. *Op. cit.*, II, pp. 25 ss.

BASIA MILLE

quam magnis numerus Libyssae arenae
lasarpiciferis iacet Cyrenis,
oraclum Iouis inter aestuosi
et Batti ueteris sacrum sepulcrum;
aut quam sidera multa, cum tacet nox,
furtiuos hominum uident amores.

Así, aun siendo Quevedo más parco en algunos detalles –no cita, por ejemplo, a Cirene, al oráculo de Júpiter o al sepulcro de Bato⁸–, se extiende notoriamente en la fórmula de la pregunta retórica inicial que plantea la cuestión aritmética, concluyendo, al referirse a los besos, con la misma imposibilidad de numerarlos:

A Fabio preguntaba
la divina Florisa, enternecida,
primero, por su vida,
y luego, por la fe que le guardaba,
cuántos besos quería
de su divina boca; y él decía:
«Para podértelo decir, deseo
que multiplique el agua el mar Egeo;
que se aumenten de Libia las arenas,
y del cielo sagrado
las estrellas serenas,
los átomos sin fin del sol dorado...»

Las *Eróticas* de **Esteban Manuel de Villegas** (1589–1669), publicadas en 1618, ofrecen, dentro del ámbito de una lírica muelle y anacreóntica inspirada fundamentalmente en la poesía bucólica griega, una traducción del *carmen* 5 catuliano y, además, como señala Menéndez Pelayo en su capítulo dedicado a la poesía del najerense⁹, en algunas cantilenas de Villegas puede apuntarse un cierto «influjo de la blanda poesía de Catulo»¹⁰, cuyos temas suponen en líneas generales una continua *uariatio* del poema latino mencionado. Así puede observarse en la cantilena 5 dedicada a «Lidia»:

Ea, pues, no te pares,
Lidia, que sólo un beso
darlo no es gran exceso,

en la 8:

Lleguen estos rubies
con que graciosa ríes,
bella Lidia, a mi boca,
pues amor los provoca,

8. Bien que él añade otros: “que multiplique el agua el mar Egeo” y “los átomos sin fin del sol dorado”, e incluso invente un nombre para cada uno de los amantes (Fabio y Florisa), manteniendo las alusiones a las arenas de Libia y a las estrellas.

9. *Op. cit.*, II, pp. 27 ss.

10. *Ibidem*, p. 29.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

y en la 17:

Lidia, un beso me diste,
yo celebré el exceso:
pedí luego otro beso,
y dallo no quisiste,

algunos ecos del pasaje *da mi basia mille, deinde centum* del *carmen* 5, todo lo cual parece anunciar con bastante anticipación la amorosa y anacreóntica poesía de buena parte de poetas del siglo XVIII.

Es **Juan Meléndez Valdés** (1754–1817) el autor que, dentro de esta tendencia dieciochesca de vuelta a lo clásico a través de una lírica que va de lo bucólico a lo amoroso (pasando por momentos de intenso erotismo poético), se lleva la palma en la imitación de los *carmina basiorum* catulianos. Tal vez haya que hacer la salvedad de que Meléndez Valdés, como así lo indican algunos estudiosos de su poesía¹¹, no se inspire directamente en los versos de Catulo para escribir sus composiciones de «Los besos de amor», sino en el *Liber basiorum* de Juan Segundo ya mencionado¹². Con todo, contamos con un indicio que nos permitiría situar las composiciones de Valdés más cerca de Catulo que de Juan Segundo. Se trata de la mención en la oda XX de «Los besos de amor» al hecho tan típicamente catuliano, según hemos visto, de la incomputabilidad de la suma de ósculos (en este caso, de las excelencias de la amada); imposibilidad, pues, que el poeta, como ya hiciera el veronés¹³, compara en uno de los símiles con los perfumes de Arabia, algo que en Catulo iba referido a la región de Cirene –*lasarpiciferis Cyrenis*–, lugar en donde abundaba el laserpicio, planta muy apreciada en la perfumería antigua. Así, escribe el poeta magistrado:

11. Cf. J. Meléndez Valdés, *Poesía*, edición, estudio y notas de E. Palacios, Madrid, 1979.

12. Parece que algunas composiciones de Meléndez Valdés son traducción literal de Juan Segundo, si bien hay que hacer notar en algunas de ellas un tratamiento más personal del tema. Si tenemos en cuenta que ya el poeta extremeño imitó a Catulo (*carmina* 2 y 3) con su “Paloma de Filis”, no sería extraño que los poemas de los *basia* (principalmente el 5 y el 7) le hayan servido como fuente para “Los besos de amor”. Además téngase presente que, como señala G. Demerson en su estudio sobre *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754–1817)*, Madrid, 1971, pp. 119–139 –recogido por E. Palacios, *op. cit.*, p. 28–, la obra de Juan Segundo no se encontraba (así como tampoco la de C.J. Dorat, que publicó en 1770 una versión de ésta en francés –*Les Baisers, précédés du Mois du Mai*–) en “los anaqueles de su biblioteca” (cf. E. Palacios, *ibidem*), por lo que es plausible pensar que si pudo conocer la obra del holandés sin poseerla, con más razón podría haber leído el *liber* de Catulo o, al menos, los poemas referentes a los besos, muy cercanos, además, tanto por el tema (en relación con Lesbía) como por su situación en el *corpus*, a los poemas 5 y 7.

13. Y esto sólo aparece en Juan Segundo en las composiciones VI, 3-4 y 25-26:

*Explesti numerum, fateor, iuncunda Neaera;
expleri numero sed nequit ullus amor.*

... ..

*Et mihi da, miseri solatis vana doloris,
innumera innumeris bassia pro lacrymis,*

y VII, 5-6:

*Quot guttae siculo mari,
quot sunt sidera coelo.*

BASIA MILLE

Los lascivos besos
que entre blandas risas
me das amorosa
y Amor los envidia¹⁴
repite mil veces,
dulcísima Nisa,
pues así se alienta
el ánimo mía,
y no son más dulces
las mieles de Hiblia
que el néctar que en ellos
tus labios destilan;
ni así las palomas
al amor heridas
con trémulos picos
se besan amigas,
ni tantos olores
el Arabia cría
cual blandos aromas
tu pecho respira.

Aunque también encontramos alusión al número de besos (en semejantes términos que aquí: «repite mil veces»); de forma que tal expresión no pretende contabilizar nada, sino, muy al contrario, dejar constancia de la desmesurada petición del amante) en la oda III:

Cuando mi blanda Nise
lasciva me rodea
con sus nevados brazos,
y mil veces me besa,

y en la XII:

Ya me da que ver pueda
tus lascivos ojuelos y tu boca
que a mil besos provoca.

El también extremeño **Juan Pablo Forner** (1756–1797) dedicó un cariñoso poema a su hijo, entretenido en jugar con los libros de Homero, sirviéndose de varios motivos catulianos: los propios a los *carmina basiorum* que estamos viendo (en concreto, al *carmen* 5) y los que nos remiten, por su clara vinculación con el latino, a la expresión *deliciae meae puellae* de los *carmina* 2 y 3 (aquí en el v. 6: «delicias mías») y a la invocación de los versos iniciales en relación con el pasaje catuliano del *carmen* 61, 209–213 (*Torquatus uolo paruulus / matris e gremio suae / porrigens teneras manus / dulce rideat ad patrem / semihiante labello*). Y todo ello de la siguiente manera:

Oh tú niño travieso,
ven y recibe de mi labio un beso,
indicio del paterno regocijo;
ven a mis brazos, hijo,

14. Nótese, por otro lado, la mención a la “envidia” por los besos de amor propia de los poemas 5 (vv. 2–3 y 12–13) y 7 (vv. 11–12) de Catulo.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

graciosa imagen de tu madre hermosa,
delicias mías, gozo de tu casa,
que tus gracias celebra la madre y tus encantos.
Fortuna venturosa
te espera: besos mil y mil sin tasa
estamparé en tus labios carmesíes,
y dárete otros tantos
cuando te vea, cual hiciste ahora
sacudiendo los tiernos piececillos...

Así, no menos serán los besos de Forner que los de Catulo: «besos mil y mil sin tasa / estamparé en tus labios carmesíes», cuya suma será tan innumerable, «sin tasa», como tan innumerable es la cantidad del veronés (*da mi basia mille, deinde centum, / dein mille altera, dein secunda centum*) después de que el total de ósculos se aumente en semejante suma: «y dárete otros tantos / cuando te vea...»

Juan Bautista Arriaza (1770–1837) también se hizo eco (en un texto que prácticamente es traducción) del *carmen* 5 catuliano, que con significativas variantes respecto al modelo está dedicado «A Lidia». El pasaje referido a los besos es como sigue¹⁵:

Déjame beber mil dichas
en esa boca de flores;
tus labios serán la copa
de los más dulces licores.

A mil de los míos dales
mil tuyos por sucesores,
y luego con mil te pido
que los labios me devores.

Veremos en la porfia
de ardientes competidores,
si tú me los das más dulces
o yo te los doy mejores.

Puede apreciarse claramente que de las estrofas transcritas sólo la segunda se corresponde con el *da mi basia mille* del veronés, siendo las otras dos originales de Arriaza. En ellas parece recrear los tópicos que ya veíamos en las odas de Meléndez Valdés propios del ambiente anacreóntico de su primera poesía: los labios de la amada son una copa colmada de néctar y exquisitos licores (imagen de los besos), la dulzura de éstos y el aroma de la boca arrebatadores, etc.; en definitiva, se trata de un continuo deambular retórico a través de las sendas marcadas por el maestro pacense más que de un plácido paseo por el camino recto de la lírica catuliana.

Menéndez Pelayo¹⁶ apunta la posible influencia del poeta latino en las composiciones de **Francisco Martínez de la Rosa** (1787–1862), si bien apostilla que son escasas las reminiscencias y, en determinados casos, dudosas. Atribuye, ya en concreto, ciertos visos de paternidad catuliana a la anacreóntica que comienza:

15. El texto lo recoge Menéndez Pelayo, *op. cit.*, II, p. 63.

16. *Ibidem*, pp. 63–64.

BASIA MILLE

Cien veces ciento
mil veces mil...

como posible eco del *da mi basia mille, deinde centum* latino, aunque, continúa Menéndez Pelayo, la imitación pudiera estar más cerca del comienzo de la composición número VII del *Liber basiorum* de Juan Segundo:

*Centum basia centies,
centum basia millies,*

tal y como lo denuncia el propio ritmo y parecido formal de la anacreónica de Martínez de la Rosa.

En conclusión, podemos recapitular lo expuesto hasta ahora haciendo notar que el grupo de poemas catulianos referidos a los besos (y, en concreto, a la imposibilidad de contarlos –según venimos diciendo–) origina tras de sí una apreciable serie de imitaciones que hacen posible hablar de un tópico literario a raíz de los *carmina* latinos: el de los *basia mille*. Su reflejo en las letras hispanas no se da únicamente en el plano de la traducción más o menos literal (así las de Castillejo, Quevedo, Villegas o Arriaza), sino que trasciende al de las recreaciones libres, verdaderas reminiscencias literarias, del texto catuliano (entre las que descuellan por su originalidad las de Góngora, el propio Quevedo o Forner), cuyos versos recogen, según se ha visto, las principales características que señalábamos como más netamente catulianas en los poemas latinos.